

EXPERIENCIAS DE CUIDADOS Y TRABAJO: PREOCUPACIONES, MALESTARES Y EMOCIONES EN CONTEXTO DE PANDEMIA DE COVID-19 EN ARGENTINA

Leila Martina Passerino¹

Noelia Soledad Trupa²

Resumen:

El trabajo es un estudio exploratorio desde la situación de excepcionalidad y el paso por una cuarentena frente a la pandemia de COVID-19 en Argentina. Indagamos sobre las (sobre)exigencias de trabajo remunerado y no remunerado para madres y padres desde una perspectiva de género. Metodológicamente, nos valemos de relatos breves, a partir de una consigna libre acerca de exigencias laborales, estrategias y tareas de cuidado en la propia vivencia y paso por la situación de cuarentena. Dentro de los resultados, destacamos no sólo la persistencia sino una visibilización de las desigualdades de género frente a las tareas de cuidado (trabajo no remunerado); las limitaciones para las mujeres para continuar con las trayectorias laborales o sostenerlas; las dificultades por distinguir y diferenciar dentro del propio hogar el trabajo (remunerado-no y remunerado). Reflexionamos y discutimos en torno a los imperativos, preocupaciones, malestares y emociones de esta experiencia en familias de clase media.

Palabras clave: Pandemia COVID-19 – Cuidados – Trabajo – Emociones – Género

EXPERIÊNCIAS DE CUIDADO E TRABALHO: PREOCUPAÇÕES, DESCONFORTO E EMOÇÕES NO CONTEXTO DA PANDEMIA COVID-19 NA ARGENTINA

Resumo

O trabalho é um estudo exploratório a partir da situação de excepcionalidade e da passagem por uma quarentena diante da pandemia COVID-19 na Argentina. Questionamos sobre as (sobre)demandas de trabalho remunerado e não remunerado para mães e pais a partir de uma perspectiva de gênero. Metodologicamente, utilizamos relatos, partindo de consulta livre sobre demandas de trabalho, estratégias e tarefas de cuidado na própria experiência e passando pela situação de quarentena. Dentre os resultados, destacamos não apenas a persistência, mas também a visibilidade das desigualdades de gênero em relação às tarefas de cuidado (trabalho não remunerado); as limitações para as mulheres continuarem com as trajetórias laborais ou sustentá-las; as dificuldades de distinguir e diferenciar o trabalho dentro do próprio domicílio (remunerado e não remunerado). Refletimos e discutimos os imperativos, preocupações, desconfortos e emoções dessa experiência em famílias de classe média.

Palavras-chave: Pandemia de COVID-19 - Cuidado - Trabalho - Emoções - Gênero

¹ UNRaf / CONICET, Argentina

² UNTREF, Argentina

INTRODUCCIÓN

El trabajo es un estudio exploratorio que emerge de la situación de excepcionalidad que encarna la experiencia de pandemia por el COVID-19 y que se realizó fundamentalmente durante las Fases 1³ (Aislamiento Estricto) y Fase 2⁴ (Aislamiento Administrativo) del Aislamiento Social Preventivo Obligatorio (ASPO) en Argentina, momento en el cual se buscó reducir al mínimo posible la circulación de personas y los contactos estrechos entre las mismas. Estas Fases fueron previas a la instancia de segmentación geográfica, que apuntó a considerar las excepciones provinciales a partir de criterios epidemiológicos. Este aspecto es muy importante, dado que el momento en que se realiza esta indagación forma parte de un lapso temporal particular, donde la cotidianeidad de las personas se vio abruptamente interrumpida, con particularidades propias a otras Fases del ASPO. Este momento de “ruptura” permitió entrever diferentes aspectos que en la cotidianeidad podrían pasar desapercibidos y que se vieron expuestos.

Metodológicamente, nos valimos de relatos breves, realizados a través de mensajes audios de WhatsApp a partir de la modalidad de muestreo bola de nieve. Nos centramos fundamentalmente en coparantelidades. Pese a que participan varones, la mayoría de las entrevistadas fueron mujeres heterosexuales, en diferente condición civil: casadas, separadas, convivientes con sus parejas. Se trató a su vez de personas de clase media, la mayoría con empleos formales, aunque también algunas de ellas poseían complementariamente empleos no formales. En

³ Se impuso en todo el país, de manera obligatoria, a partir del día 20 de marzo y se mantuvo hasta el día 12 de abril de 2020. Se estableció también una lista de personas que, por sus tareas o funciones, quedaban exceptuadas de la obligación de permanecer en su domicilio. Básicamente se trató de personas y funciones relacionadas con servicios esenciales o urgentes.

⁴ Se extiende al 26 de abril de 2020. La Fase 2 mantiene la cuarentena (aislamiento) pero aumenta las tareas y funciones exceptuadas de la obligación de permanecer en el domicilio.

todos los casos, con hijos/as menores de 12 años, siendo la mayoría niños/as de entre 4 meses y 5 años de edad. Entrevistamos así a 21 personas⁵, de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, que estaban atravesando las mismas fases dentro del ASPO aludidas.

A partir de una consigna semiorientada, nos preguntamos sobre las (nuevas) exigencias laborales o trabajo remunerado; estrategias y tareas de cuidado (trabajo no remunerado); y un registro de las emociones desde la propia vivencia durante el paso por esta situación de “cuarentena”. Estos ejes de análisis nos permitieron considerar las tensiones que encarnaron las dimensiones de trabajo remunerado y no remunerado, como así también, el rol de las emociones como aspecto participante del proceso. El análisis parte de una perspectiva de género, a los fines de dar cuenta de ciertas dificultades, preocupaciones, malestares e imperativos que atraviesan las experiencias desde los relatos de los sujetos. Es importante decir, que en el análisis también participa la propia experiencia de quienes realizamos este trabajo, con niños de entre 9 meses y 4 años de edad. Este es un aspecto importante, dado que la escritura está permeada de vivencias y sentires que atraviesan nuestros cuerpos y que acompañan los hilos argumentativos de este escrito.

Estructuramos el artículo en tres apartados. En el primero de ellos contextualizamos el momento de las ASPO desde los relatos de nuestras/os entrevistadas/os para indagar en el lugar del tiempo y el cuidado, como campo ya ampliamente desarrollado por el feminismo, aunque ligado a las (nuevas) demandas que se abrieran frente a la mayor permanencia en los hogares tanto de mujeres como de varones. En el segundo, nos centramos en el lugar del trabajo remunerado, desde las limitaciones, sobre todo para mujeres, para continuar con las trayectorias laborales o sostenerlas. Finalmente, nos abocamos a las (sobre)puestas emocionales que pasaron a

⁵ Todas las entrevistas contaron con Consentimiento Informado. Además, se han utilizado nombres ficticios para garantizar la confidencialidad de quienes han participado de esta investigación.

formar parte evidente de estos procesos, allí las situaciones de ambivalencia, descuidos a la salud y “desbordes” resultan parte la experiencia de quienes mayormente asumen las tareas de cuidado.

ESPACIO Y TIEMPO: contextualizando el cuidado en tiempos de COVID

El 20 de marzo de 2020 en Argentina, se estableció el llamado aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO), el cual implicó diversas acciones como el cierre de fronteras, de comercios, suspensión de clases, restricción de movimiento. También se cancelaron todos los eventos masivos, como los musicales, deportivos, políticos, culturales, religiosos. Se restringió el desplazamiento de quienes no fueron considerados fuerza laboral “indispensable”, debiendo permanecer las personas en sus domicilios.

El cuidado, se ubicó en la agenda pública mediante la interpelación directa a los/as ciudadanas/os. Slogans como “quedate en casa” o “nos cuidamos entre todos”, primó la escena pública y conllevó una modificación drástica en la vida cotidiana. Las transformaciones laborales requirieron de tiempos/espacios de adaptación, ahora solapadas con el ámbito hogareño. Las distinciones público/privado comenzaban a presentarse indistintas, aparejando dinámicas novedosas y complejidades. Como bien sintetiza Emanuel:

“La verdad que la primera semana de cuarentena fue relajada, porque todos estábamos con la incertidumbre de qué iba a pasar, no había muchas precisiones y tampoco había carga laboral porque estaba todo en ‘veremos’. Así que la primera semana fue relajada, fue un tiempo para jugar con el niño, hacer una dinámica familiar, desconectarse de los problemas y de la rutina diaria, así que fue bastante llevadera. Pero de a poco, la intensidad del niño o la falta de creatividad de los padres fue avanzando así que eso de a poquito fue complicando un poco las cosas. A partir de la segunda semana y hasta la actualidad, el trabajo se fue incrementando, en

mi caso con tareas de docencia a distancia, con clases, preparación de clases y reuniones de cátedra por redes sociales. A su vez la madre tuvo que empezar a hacer de a poco tareas de su trabajo, progresivamente fue con el celular, mensajes, cadenas y esas cosas. Luego le trajeron una máquina para trabajar desde la casa y ahora ya pasamos a una fase de turnos rotativos de trabajo y uso de la computadora.” (Emanuel, 37 años, docente, hijo de 4 años)

El lugar de los cuidados, como campo históricamente problematizado y discutido por los feminismos, emergió en este contexto con mayor intensidad, no sólo por la puesta pública y política que visibilizó su importancia frente a la emergencia sanitaria, sino porque hizo manifiesto su lugar de trabajo (no remunerado) para las personas. Comer, limpiar, atender, cocinar, se hicieron quizás más evidentes ahora que no sólo los integrantes de las familias permanecían juntos en el ámbito hogareño, sino porque además, quienes delegaban muchas de estas tareas a personal abocado a trabajo doméstico y de cuidado (remunerado), o a familiares que acompañaban estas tareas, debieron hacerle frente.

Joan Tronto define al cuidado como un elemento tan ubicuo de la vida humana que jamás es considerado por lo que es: el conjunto de actividades mediante las cuales actuamos para organizar nuestro mundo, de modo tal que podamos vivir en él de la mejor manera posible. Es así, continúa la autora, que cuando examinamos la forma en que llevamos efectivamente nuestra vida, las actividades de cuidado son centrales y omnipresentes (TRONTO, 2009). Puede decirse que la emergencia sanitaria nos ha puesto cara a cara con este lugar central, problemático, por momentos abrumador, agotador, difícil e intenso que asume el cuidado para la reproducción y supervivencia social. Como refería Mercedes:

“Es muy difícil organizarse desde casa. Con niños. Yo tengo a Clara de 2 años y 7 meses, porque lo primero que me di cuenta fue que yo pude seguir estudiando y trabajando gracias al apoyo incondicional de mis padres, que con

mucho esfuerzo cuidaron a Clara en las horas de trabajo”. (Mercedes, 34 años, hija de 2 años, secretaria y docente de un instituto terciario)

El cuidado, como significantes y espacio de disputa, no resulta de fácil abordaje: “Cuestiona formas habituales de hacer y de pensar propios de la formación científica en las sociedades occidentales (divisiones fuertemente ancladas entre lo público y lo privado, lo afectivo y lo cognitivo, el trabajo y el “no trabajo”, lo íntimo y lo político, etc.)” (BORGEAUD-GARCIANDÍA, 2018, p. 16). Los movimientos feministas surgidos hacia fines de los años sesenta en los países centrales, como historiza Elizabeth Jelin (1994), tuvieron que enfrentar inicialmente el desafío por comprender y explicar las formas de subordinación de las mujeres, dentro de una dificultad aún mayor por nombrar el malestar (FRIEDAN, 1997). Para llevar adelante la tarea, se hacía necesario un ejercicio de valoración de lo cotidiano, de lo antiheroico, de la trama social que sostiene y reproduce” (JELIN, 1994, p. 13). Pese a que en los años sesenta, el reconocimiento de la ama de casa como “trabajadora” fue objeto de debate y controversia, al menos en el ámbito académico, la cuestión se acalló. La incorporación de las mujeres al trabajo productivo hasta entonces masculino, resultó una tendencia durante los años setenta, también en América Latina. Sin embargo, pese al optimismo que suponía el aumento en los niveles educativos, así como una mayor participación en el mercado de trabajo, los resultados fueron mayormente la segregación ocupacional, por las pocas oportunidades de acceso a “buenos trabajos”; la definición social de tareas “típicamente femeninas”; la discriminación salarial (JELIN, 1994). Por otro lado, esta incorporación al trabajo productivo no se tradujo en una redistribución de las tareas de cuidado, sino que como aduce la evidencia histórica, se tradujo en una doble jornada laboral para las mujeres.

Volviendo a nuestro eje de indagación, ¿qué tendría que ver con la pandemia de Coronavirus? De modo taxativo puede decirse que

la cantidad de formas de trabajo de cuidado no remunerado en los ámbitos hogareños ha aumentado exponencialmente. En 2014 el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) publicó la “Encuesta sobre trabajo no remunerado y uso del tiempo” que concluyó que las mujeres destinan en promedio casi 6 horas diarias al trabajo de cuidado no remunerado – incluye tareas domésticas, cuidado de personas dependientes y apoyo escolar–, contra las dos horas que los varones les dedican a estas tareas cada día. Aquí también debemos incluir la provisión de precondiciones para realizar los cuidados –la compra de alimentos–, la gestión del cuidado –cocinar, por ejemplo–. Si en tiempos de “normalidad” las mujeres realizamos la mayor parte del trabajo doméstico no remunerado –el 76% según esta encuesta– no sorprende que cuando la crisis sanitaria nos repliega al espacio doméstico, la estructura desigual quede en evidencia y se acentúe. Veamos algunos modos en que nuestras entrevistadas viven y refieren a las tareas de cuidado:

“Vivo con mi marido que tiene que hacer “home office” desde el living. El día es complejo si lo tengo que definir, si bien estamos los dos en casa, tenemos que hacernos cargo de todos los aspectos, que en el diario o en la vida cotidiana, muchos de estos trabajos los delegamos. En mi caso tengo que atender a mis hijos, cocinar, limpiar, planificar las clases, corregir, seguir planificando y además ayudar y colaborar con nuestros padres que son mayores, para que justamente no salgan porque son la población de riesgo” (Agustina, 34 años, Docente nivel secundario, hijos de 5 y 20 meses).

El confinamiento “puertas adentro”, supone una búsqueda de soluciones individuales por parte de los entornos familiares para el cuidado desde los recursos de diversa índole que cada uno tenga. El cierre de establecimientos educativos, la imposibilidad de contar con el apoyo familiar para el cuidado de niños y niñas, puso en evidencia dificultades de diversa índole, pero sobre todo, un aumento de tareas y acciones

destinadas al cuidado, descritas por algunas/os entrevistadas/os como 24/7 –24 horas al día, 7 días a la semana–.

Como evidencia la literatura (ROSSEAU, 2020; O'REILLY, 2020; BATTHYÁNY, 2020) las mujeres nos enfrentamos durante la pandemia a una doble, triple –trabajo emocional e intelectual– y hasta cuarta jornada –educación en el hogar de los niños–. El tiempo para uso o propio resulta casi inexistente a diferencia del de los varones. Esto ha llevado a aseveraciones como "El coronavirus es un desastre para el feminismo" (LEWIS, EN O'REILLY, 2020: 8). El confinamiento no ha sido una solución para las desigualdades ya existentes, sino que, muy por el contrario, se han afianzado⁶. Si las instancias de socialización y crianza, los mandatos culturales incorporados, han desvinculado a los varones de ser sujetos de cuidado, ¿cómo revertir todo ello en la inmediatez? La coyuntura y el primer plano de lo doméstico y el cuidado, cuestiona a ciertas masculinidades y lo que sucede en el confinamiento (PINEDA DUQUE, 2020).

En los testimonios recabados, se registran en algunos casos, una mayor democratización en la distribución de tareas de cuidado. Sin embargo, continúan siendo las mujeres quienes mayor tiempo le destinan y asumen la "carga mental", es decir, el trabajo invisible de coordinación, iniciativa y sentimiento de responsabilidad principal por el buen funcionamiento del hogar (ROSSEAU, 2020). El testimonio de Amelia nos ayuda a leer entre líneas este aspecto:

"Entonces, ese mundo ideal que uno supone, que implicaría estar todo el día en el hogar, en la casa, de repente se transforma en un monstruo que uno sabe cómo organizarlo y cómo abordarlo el tiempo en la casa. Son tiempos extraños, no sólo los tiempos en la casa, sino la organización de las jornadas cotidianas cuando los niños no van a la escuela, qué actividades hacer durante la mañana, qué actividades hacer durante la tarde

⁶ Esto se ha agravado en familias monoparentales y también ha tenido consecuencias en el aumento de niveles de violencia de género, como la imposibilidad de recurrir a apoyos externos de personas o instituciones (Serra, 2020).

y todo eso demanda una dedicación y una atención constante". (Amelia, 36 años, hija de 4 y embarazada, docente de escuela media).

Un aspecto a destacar, es que en la mayoría de los relatos de mujeres entrevistadas, la presencia masculina se haya prácticamente vedada, no es un sujeto del discurso que se encuentre presente, a diferencia de los testimonios de varones, quienes siempre enuncian a sus compañeras. Este no es un aspecto menor, ya que da cuenta de procesos de socialización generizados frente a la emergencia de los cuidados. Hay a su vez, hay otro tipo de relatos donde sí hay referencia a los compañeros varones, pero enunciado desde un lugar de "ayuda". Esta es una referencia frecuente que no reconoce una responsabilidad plena en el ejercicio del cuidado (PINEDA DUQUE, 2020). El relato de Valeria es bien elocuente en este sentido:

"¿Cómo nos estamos arreglando? Yo me voy a trabajar, Juan se queda con los chicos, *me ayuda* con la casa, *me ayuda* con la comida, yo hago los mandados, él por ahí hace también algún que otro mandado y le lleva alimentos a sus papás, que están aislados y no salen a ningún lado porque son personas mayores y de riesgo. (...) En la casa, por suerte Juan *me ayuda* un montón, él no tiene problema en ordenar, en acomodar, en cuidar los chicos." (Valeria, 34 años. Hijos de 6 y 3 años. Instrumentista Quirúrgica del Hospital).

El tiempo personal, para una, resulta un bien sumamente escaso, como refiere Noelia:

"Es difícil de estar, tratando de estudiar con dos nenas en la casa, todo el tiempo, las 24 hs. exigiéndote. No te podés hacer invisible, están todo el tiempo exigiendo, es muy difícil hacer algo para mí. (...) estamos abocados a las tareas de cuidado 24 horas, limpiando, ordenando, dando de comer, consolando, jugando, haciendo actividades y la verdad es bastante extenuante" (Noelia, 36 años, 2 hijas de 5 y 2 años. Antropóloga, trabaja en la administración pública).

Sin embargo, puede decirse, que el poder enunciarlo ya resulta un gesto emancipador. En la mayoría de los testimonios aquí recabados, ni siquiera esta falta o “pobreza de tiempo” es cuestionada. Si pensamos en desigualdad de género es porque hay allí un gesto que oculta y desvaloriza el cuidado, expulsa el propio cuerpo y la materialidad de la vida: la necesidad natural y social de alimento, descanso, afecto, la mortalidad del cuerpo que somos, el lazo con otros y otras (CIRIZA, 2020).

Los testimonios nos invitan a volver a recuperar el lugar del cuidado y a abordarlo en su complejidad, ya que nos hablan a las claras de modos de pensar la dignidad y de habitabilidad de la vida, de sostener, mantener o reparar nuestro ‘mundo’ (TRONTO, 2009) de manera más justa y equitativa. Porque el cuidado, siguiendo la argumentación de esta autora, no sólo implica recuperar procesos complejos: preocuparse (*caring about*); hacerse cargo (*caring for*); suministrar cuidados (*care giving*); recibir cuidados (*care receiving*). Exigen también el refinamiento de varias cualidades morales, incluyendo la atención, una reflexión profunda sobre la responsabilidad, la competencia en el cuidado brindado (*care giving*) y la respuesta indicada que ha de ofrecerse tanto a quienes reciben (*care receivers*) como al proceso efectivo del propio cuidado (TRONTO, 2020, p. 28). De modo que no sólo se trata de acciones o un conjunto de prácticas, sino que éstas siempre están acompañadas de dimensiones morales. Aspecto no menor, a los fines también de reforzar el lugar contextual y no esencialista del cuidado.

CUIDADO Y TRABAJO REMUNERADO: nuevos modos, nuevas exigências

Como recuperáramos en el apartado anterior, el sostenimiento de la vida y del propio trabajo productivo, requiere del trabajo de cuidado individual y colectivo para este fin. Lo que el feminismo ha denominado “economía del cuidado” hace referencia explícita a esta interdependencia y necesidad universal del

cuidado como elemento central para pensar lo económico (QUIROGA DÍAZ, 2020).

El tiempo dedicado, fundamentalmente de mujeres, al cuidado de personas dependientes de la familia como el trabajo doméstico es tiempo que “compite” con el de una ocupación remunerada formal. En algunos sectores sociales, la contratación de otras mujeres que asuman los cuidados, es un modo de delegar tiempo y energía para la consecución de estas tareas. De hecho, como mencionábamos, la entrada de mujeres al mundo laboral no significó una redistribución de las tareas de cuidado y en oportunidades, se vio atravesada por una segmentación y discriminación laboral importante (JELIN, 1994; CASTAÑEDA RENTERÍA, 2020). La “salida” al mundo del trabajo podía ser liberadora pero también reforzar la subordinación: “Si bien el feminismo tenía razón en decir que ganar dinero puede ser una fuente de mayor autonomía para las mujeres, lo cierto es que luego de varias décadas es obvio que esta autonomía es bien relativa y viene muchas veces con un costo personal, emocional y físico altísimo” (ROUSSEAU, 2020, p. 32).

Retomando a Natalia Gherardi, Laura Pautassi y Carla Zibecchi (2013), si existe un tema que atraviesa todas las áreas y que se constituyen un obstáculo concreto para que las mujeres puedan lograr una situación de igualdad de oportunidades, real y sustantiva, en un contexto democrático, es la existencia de una división sexual del trabajo que continúa perpetuando a las mujeres como las principales –frecuentemente las únicas– encargadas del cuidado y el trabajo reproductivo del hogar. Esto responde a una estructura patriarcal en la cual aún hoy permanecemos –lo cual no quiere decir que haya experiencias, cuidados más equitativos, compañeros y compañeras de crianza más comprometidos/as, etc.–.

En contexto de pandemia, podemos decir que se presentan dificultades para la continuidad de las mujeres⁷ en el trabajo productivo en

⁷ Aquí vale volver a mencionar que estamos trabajando con mujeres en su mayoría profesionales, universitarias. Las desigualdades son aún mayores en trabajadoras informales,

igualdad de condiciones respecto de varones (BATTHYÁNY, 2020) o un mayor sobreesfuerzo para sostenerlas. Como también refiriéramos en el apartado anterior, la participación de mujeres en el mercado de trabajo implica una doble, triple y hasta cuádruple jornada con diversas consecuencias sobre los cuerpos de las mujeres.

La “cuarentena”, recrudece una de las caras más duras e invisible de la desigualdad referida a las tareas de cuidado llevada en su mayoría por mujeres. Si hay algo que nos interpela directamente este contexto, es cómo hacemos para sostener las ocupaciones, por adecuarnos a las nuevas circunstancias, ritmos y exigencias particulares que también se inauguran a causa de las transformaciones en las dinámicas de trabajo. Algunos testimonios son elocuentes y dan cuenta de las dificultades y casi imposibilidad de sostener el trabajo reproductivo y productivo de modo simultáneo:

“Yo sigo laburando las 8 horas, en realidad 7 que me corresponden por licencia por maternidad. Pero al estar acá en mi casa se me hace más difícil y trabajo más de lo que me correspondería porque es como que al estar acá no diferencio, no corto porque voy y vengo y la tengo que ver a Sofi, entonces eso... en mi caso por suerte, está mi mamá, que está pasando la pandemia acá y por suerte me está dando una mano gigante y ella está con Sofi las 8 o 9 horas. (...) Porque no podés laburar, sinceramente, no podés laburar porque te demandan mucho tiempo y necesitás que alguien los mire y que alguien los cuide. O vos tenés que dejar de trabajar, una de las dos o no sé... Ni siquiera medio día, porque alguien los tiene que cuidar en ese tiempo. Esa es mi principal dificultad, quién la está cuidando, quién la está mirando”. (Soledad, 34 años años, contadora, hija de 4 meses)

El horario de dormir de los/as niños/as pequeños/as se convierte en la mayoría de los testimonios, en el único momento para llevar adelante ciertas tareas laborales o lecturas.

mal remuneradas, precarias, sin acceso a beneficios sociales y reconocimiento de derechos laborales, lo cual se prevé tenga mayor impacto en la vulnerabilidad y pobreza que pueda generar la crisis sanitaria, como así también mayor segregación y reforzamiento de prácticas discriminatorias.

“La única manera de leer es cuando ellos se duermen, durante el día es imposible. Lo intento, o tengo que hacer cosas de no tanta concentración, porque sino no lo puedo sostener. Si bien trato de enseñarle, “estamos juntas”, ahora mamá hace una cosa vos otra, nada, la demanda es continua y sí... Ya me acostumbré tanto al cansancio o a esto (...) Muchos te dicen “dormí a la par del nene duerme así vos descansas”, bueno justamente lo contrario. Cuando el nene duerme es ahí donde yo tengo mi momento, y según que día qué hago.” (Virginia, 33 años, psicóloga, hija de 2 años, separada)

La madrugada se convierte en “horario productivo” con costos subjetivos y consecuencias recurrentes: agotamiento, sobretrabajo, cansancio, malestar. El confinamiento en las casas y la creciente virtualización de muchas de las tareas, supuso un esfuerzo extra que también conlleva imperativos y moralidades respecto a “ser la buena madre y la buena compañera”, “la empleada productiva”, “la cuidadora amorosa” y “la experta en limpieza” (GENTA, 2020). Y esto es importante porque la estructura patriarcal no siempre resulta tan explícita. Los mandatos culturales tienden a internalizarse al punto de no cuestionarse o vivirse desde la culpa. En el testimonio de Valeria, esto puede leerse. Ella intenta dar cuenta del carácter agotador que supone el cuidado de sus hijos, rápidamente se justifica y romantiza la situación desde el carácter amoroso:

“Sí, sí, estoy mucho más con ellos, tiempo para mí no, olvidate, es imposible. Mucho menos que antes, porque antes como ellos tenían actividades yo tenía un tiempito para mí o para hacer algún mandado más tranquila. Ahora no, es todo a mil, y *te terminás convirtiendo en esclava de ellos*, pero bueno, *lo hacés con mucho amor*, tratando de que ellos sientan esto lo menos posible, o sea que les afecte lo menos posible”. (Valeria, 34 años. Hijos de 6 y 3 años. Instrumentista Quirúrgica del Hospital).

El cierre de guarderías, colegios y escuelas, también ha supuesto como hiciéramos referencia, una mayor carga –la cuarta jornada–,

donde los procesos de enseñanza-aprendizaje se trasladan ahora a los hogares. La educación se instaló y recargó al ámbito de lo “privado”. No hay cuestionamiento aquí acerca de cómo hacerlo, bajo qué posibilidades o condiciones, tampoco acerca de si nos sentimos preparadas para hacerlo, se da por supuesto y ya.

Las dificultades a su vez por distinguir y diferenciar dentro del propio hogar el trabajo remunerado de los trabajos de cuidado y domésticos –no remunerados– forman parte concreta para las mujeres en contexto de pandemia, borrando límites. La propuesta del teletrabajo a partir del uso de plataformas y “bondades” de la virtualidad fueron estimuladas a los fines de llevar adelante las exigencias laborales. Acompaña a esta iniciativa lemas poderosos como el “no estamos de vacaciones”, “trabajamos en pantuflas”, lo cual trae aparejada una cuota de moralidad respecto a lo que significa “estar en casa”. Claramente la distinción pierde de vista condiciones de encierro y confinamiento social, como las mismas dificultades experimentadas por las mujeres para sobrellevar en simultáneo la crianza y tareas de cuidado asociadas, con el propio trabajo remunerado. Amelia, docente, reflexiona sobre estas cuestiones:

“Y también entender que no en todas las casas de docentes es posible dictar una clase sin interrupciones o que tengan todos el espacio apropiado para hacer una transmisión desde el hogar. (...) Y en mi caso, personalmente, como se demostró recién, cada vez que quiero decir algo aparece mi niña a decir alguna cosa. Mi marido trabaja muchas horas por día, es médico, trabajador esencial, y no está para ayudarme con las cuestiones de la niña, ni para cocinarle, ni para cuidarla. Creo que acá tampoco se puede exigir a los docentes que pongan el cuerpo y la voz vía videoconferencia, porque repito no todos tenemos la disponibilidad de espacio y de lugares sin interrupciones, sin ruidos para poder hacerlo. Y eso es notable en casos como el mío, que no es el único por supuesto, hay cientos de miles de casos como estos, en los que los dos trabajan. (...) Veo que hay muchos más obstáculos que ventajas en

trabajar en casa.”. (Amelia, 36 años, hija de 4 y embarazada, docente de escuela media).

En las propias instituciones educativas no abundan las indagaciones en torno a las condiciones de posibilidad de llevar el trabajo adelante: ¿es posible sostener los mismos objetivos y términos?, ¿presentan nuestras viviendas espacios posibles para ser llevados a cabo?, ¿es viable pensar en jornadas laborales en hogares en las cuales niños/as juegan, piden comida, atención, cuidados? Qué pasa con la permanencia de todos los miembros de la familia en la casa. La cuestión y distribución de los espacios físicos también resulta un tema recurrente. Sumado a ello, hay negociaciones continuas en el ámbito familiar acerca de qué tareas y obligaciones se privilegian, cómo compartir y utilizar los recursos, cómo entretener y atender en esos momentos a los niños/as. La tecnología permite –siempre y cuándo se tenga el know how– el desarrollo laboral, pero ¿qué hacemos con todos los demás trabajos? Si trabajo –remunerado– y cuidados –trabajo no remunerado– ya eran dos tareas en conflicto, en simultáneo puede resultar catastrófico, caótico, imposible.

En los hogares, los tiempos de crianza se absolutizan y obstaculizan estas posibilidades. Como evidencias los testimonios, las personas debieron rápidamente adecuarse a la demanda productiva. Fundamentalmente quienes se desarrollan en el ámbito de la docencia, advierten estos inconvenientes, frente a una actividad que no ha sido considerada esencial pero que tampoco admitió discontinuidades. El borramiento de las dimensiones temporales y espaciales, asume, en este contexto, consecuencias sobre los cuerpos con costos subjetivos. Si la presencialidad exige rutinas y cumplimiento de horario, la teleenseñanza no admite límites⁸. El trabajo permanece aún más invisibilizado, sumándose la

⁸ De hecho, esto trae aparejado discusiones en torno a los “contratos de trabajo”, ¿cómo regular el tiempo de trabajo?, ¿se reconocen horas extra? Entramos así en un espacio donde los límites se vuelven borrosos y donde la legislación se torna escasa en Argentina. Ver ORSINI, 2020.

proliferación de consignas, devoluciones y correcciones, superando ampliamente el trabajo en el aula de modo presencial como refieren algunos/as entrevistados/as. Asimismo, el tiempo virtual, no admite horarios pautados. Esta suspensión genera diversos malestares y decantan en un sobreesfuerzo permanente y preocupaciones en torno a los resultados o consecuencias de estos modos de intervención:

“En lo que respecta al trabajo, lo que noto es que se perdieron lo que son los límites del tiempo. Trabajo cuando puedo, dónde puede. (...) Desde las 8 de la mañana hasta las once de la noche recibo mensajes de alumnos, trabajos, tareas, consultas, pedidos para que vuelva a explicar las consignas. No existen sábados, no existen domingos, no existen feriados.” (Agustina, 34 años, Docente nivel secundario, hijos de 5 y 20 meses)

En el caso de personas con hijos/as pequeños/as, intervienen a su vez las propias dificultades de lo que implica el trabajo en un ámbito compartido. La mayor presencia en los hogares no garantiza la “atención”, el “estar” con los niños y niñas, como aspecto material basado en su demanda. A esto se le suma, el desasosiego que representa, sobre todo para las madres la situación. El oxímoron de una “presencia ausente” hace mella en las palabras de Clarisa: “Son tiempos que ellos no logran entender que uno está pero no está, ese es el principal conflicto que noto y que me genera malestar. (36 años, contadora. Hijos de 5 y 2 años).

En 2019, ya la Organización Internacional del Trabajo (OIT) había advertido que:

“Establecer límites entre el trabajo remunerado y la vida personal puede ser particularmente difícil cuando se trabaja desde el domicilio. Especialmente para las mujeres, que siguen asumiendo las principales responsabilidades del trabajo no remunerado en el hogar, incluida la prestación de cuidados a los miembros de la familia y las tareas domésticas” (OIT, 2019 en Balza, 2020).

En tiempos de pandemia, se suman los costos subjetivos del teletrabajo, el estrés y las

presiones para cumplir con los compromisos laborales y sostener los cuidados. Esto nos pone delante de una paradoja. Si hoy el “cuidado”, que supo reconocerse como tarea antiheroica, desvalorizada y cercenada a los confines íntimos e invisible de los hogares, se reivindica como condición necesaria para sostener una “cuarentena” y soterrar el virus. En simultáneo, las exigencias laborales, mediadas por dispositivos que reparan en la virtualidad –bajo un argumento basado, no sólo en las posibilidades, sino en las potencialidades para las personas de gozar del privilegio de permanecer en “la comodidad del hogar” y poder llevar adelante sus fines productivos–, no cesan y se tornan un imperativo que traen más que nunca a escena el carácter carnal de los cuidados. En esta tensión, entre lo reivindicado y la exigencia, entre el reconocimiento y la demanda, sobre todo las mujeres, transitan los cuidados.

EMOCIONES A FLOR DE PIEL: puestas y vínculos con la salud

Las emociones, como aspecto participante en todo proceso social, pero en “efervescencia” cuando se trata de momentos de cambio o crisis, asumen un rol protagónico que echa por tierra cualquier versión romantizada del cuidado. Como bien refiere Natacha Borgeaud-Garciandía “Cuidar es entrar en conflicto –con uno mismo, la propia tolerancia y el cansancio; con las resistencias de los beneficiarios; con la familia o los colegas, con las instituciones, con la organización del trabajo. Y (tratar de) superarlo” (BORGEAUD-GARCIANDÍA, 2018, p. 20). El carácter interrelacional y el conflicto inherente y dimensión de poder que participa en todo vínculo de cuidado encarnan sensibilidades y emociones.

Es importante aquí la discusión con cierta sociología que supone las emociones desde cierta naturaleza asocial, como espacio de lo privado, irracional, subjetivo e íntimo. Sin embargo, acordamos con Patricia Paperman que las

emociones entran una dimensión social y moral:

“la forma en que estos contribuyen a la construcción social de la realidad y a su inteligibilidad. Permitir que aparezca la imbricación de los conceptos de emociones en las comprensiones ordinarias de la vida cotidiana requiere contemplar que su significación social radica, en gran parte, en que manifiestan un punto de vista normativo y moral” (PAPERMAN, 2019, p. 25).

Uno de los mayores aportes de la teoría feminista, ha sido reevaluar estos ámbitos privados, personales e informales para una concepción de la moral que recupera las emociones y los presupuestos de género sobre las que se apoya la distinción público/privado. Si el registro de las sensibilidades y emociones es constitutivo de la perspectiva del cuidado, refiere Paperman, es porque pone en primer plano la importancia de los nexos de interdependencia y del mantenimiento de las relaciones, a partir de lazos que se manifiestan también como contradictorios y conflictivos. La emergencia de pandemia recuperó, como ya hemos referido, el lugar del cuidado en una trama compleja de transformaciones para la vida de las personas con costos subjetivos frente a una situación inicial de desconcierto y confinamiento. Como bien refería Mara:

“Es como querer hacer un ‘como si...’ Me parece que hay que poner en el centro que no es una situación normal para nada y que a todas nos atraviesa y nada queda afuera de esta situación y el encierro es una cuestión fuerte, porque estamos privados de la libertad en algún punto, eso es lo primero que nos resuena y nos altera, esa privación de la libertad” (Mara, 43 años, docente terciaria y secundaria, hijo de 4 años).

El encierro, el desconcierto como imposibilidad de hacer, de saber, de soportar la incertidumbre, el desamparo frente a redes institucionales, familiares que permanecen por fuera del ámbito hogareño –refugio y cárcel como “privación de libertad–, los cambios en los planes,

el miedo, la muerte, la angustia, la pérdida en muchos casos de ingresos o empleo, acompañado de una inestabilidad financiera, de estrés, de demanda laboral, de inseguridad alimentaria, de crianza en muchos casos monoparental y así podríamos continuar.

En este marco, hay emociones y sentidos recurrentes en torno a la angustia, la ansiedad y la tristeza. La angustia no es depresión, como bien afirma Margarita Scotta (2020), tampoco es pesimismo. Este malestar angustioso, que forma parte de la propia experiencia de cuarentena, es recuperado por Valeria de manera precisa:

“No estamos viendo a nadie, estamos totalmente aislados de la familia. Y preocupaciones muchas muchísimas, miedos muchos, muchísimos. Miedo de enfermarme yo, miedo de que se enferme Daniel, pasan muchas cosas por mi cabeza en este momento. Miedo de contagiarme, miedo de tener que aislarme y no poder ver los chicos. (...) Hoy no se sabe quién tiene y quien no, así que tengo muchos miedos, pero no sé qué decirte, no sé cómo explicártelo. Trato de no pensar tanto porque no quiero enloquecer, esperando que las estadísticas no sean lo que están diciendo” (Valeria, 34 años. Hijos de 6 y 3 años. Instrumentista Quirúrgica del Hospital).

Este escenario “no tiene nada que ver con una situación aprovechable para cambiar cosas y mejorar el narcisismo sino con la relación en menos entre nuestras propias fuerzas y la magnitud de una amenaza” (SCOTTA, 2020). Esta visión romantizada del “quédate en casa”, se instituyó también como imperativo asociado al “hacer provechosa la situación”, para el vínculo con los hijos, para “tener tiempo” para compartir, para ordenar y limpiar lugares olvidados, etc. etc. a lo que acompañan emociones como el “estar contentas, felices, plenas de estar en casa con los chicos y para los chicos. Así pues nacen culpas, angustias, estrés y presiones por ser la buena madre y la buena compañera, y la empleada productiva, y la cuidadora amorosa y la experta en limpieza. Agotador” (CASTAÑEDA RENTERÍA, 2020: 55).

En un contexto de desasosiego, angustia e incertidumbre, el “cuidado emocional” sobre todo de niños y niñas lo han asumido las mujeres, porque hemos sido socializadas como las “más capaces”, porque hemos aprendido mediante juegos, mediante el ejemplo, que es algo propio del género. Como recupera Leonor Faur para dar cuenta de esta noción:

“El cuidar a un niño o una niña no es solamente darle de comer, sino que también es contenerlo cuando se angustia, es tratar de estar pendiente de sus necesidades, es abrir la escucha para cuando tiene algún problema, todo eso es cuidado emocional. Estos son espacios que las mujeres felizmente hemos ocupado. (...) Lo hacemos más y estamos más entrenadas en una gran mayoría, pero porque el cuidado es algo que se aprende, se aprende haciéndolo” (FAUR, 2020).

Nuestras entrevistadas refieren al cuidado emocional y aluden a esta “tercera jornada” que acompaña el cuidado de niños y niñas:

“Es tremendo, tenés que estar bien emocionalmente porque tenés que sostenerlos a ellos emocionalmente, por suerte los dos están bien. Pero bueno, es toda una cuestión que si una se estresa porque está en vínculo de mucha exigencia en el laburo, o sea en estos laburos virtuales ahora, no estás bien psicológicamente para estar con ellos que es fundamental. Porque este es un tema de salud, estamos encerrados por un tema de salud entonces no podemos estar, generar vínculos que perjudiquen tu sistema inmunológico. Entonces vos tenés que estar tranquila y contenerlos (...) Creo que hay que partir que esto no es un contexto normal, que hay una pandemia, que además está en juego la salud mental de todas las personas que estamos en aislamiento y de nuestros hijos.” (Mara, 43 años, docente terciaria, hijo de 4 años)

El cuidado emocional que supone el confinamiento para niños y niñas, se complejiza por una situación inusitada, que cortó abruptamente sus rutinas, que supuso nuevas dinámicas al interior de las casas, que implica convivir también convivir con las ansiedades, estrés y salud mental de los propios padres. En

este sentido, “el virus impone una nueva carga” (DAS FLORES DUARTE, 2020). También Amelia reflexionaba en torno a este aspecto y trae a escena la cuestión de la gestión del tiempo, es decir, cuidados que llevan tiempo, que implica la atención hacia los niños, la presencia-presente y dejar de lado las preocupaciones y/o demás tareas como las laborales:

“La otra cuestión es la de intentar distribuir el tiempo que estamos en la casa de la mejor manera posible. Poder jugar, poder estar, poder ponerle el cuerpo de la mejor manera posible porque los niños no entienden qué está pasando, no entienden por qué no pueden ver a sus abuelas, no entienden por qué no pueden ir al parque...” (Amelia, 36 años, hija de 4 y embarazada, docente de escuela media).

Es interesante recuperar a Sara Ruddick (1980) quien abona a la noción de “pensamiento maternal” para dar cuenta de la organización, el recuerdo, la anticipación, la preocupación y la planificación que las madres asumen para la familia. En este contexto, el déficit de tiempo libre y la sobrecarga de cuidados impactan negativamente en la salud física y mental de las mujeres.

Las relaciones de cuidado traen sensibilidades y emociones dentro de las prácticas y actividades, dando sentido y forma a las relaciones sociales (PAPERMAN, 2019), en un marco moral, esto es, dentro de lo que “se espera” para éstas. Arlie Hochschild (2008), aborda la noción de *regla de sentimientos* para dar cuenta justamente de las expectativas sociales que atañen a éstos ligados a cierta situación o práctica social. Hochschild abona a pensar el carácter social de las emociones y sentimientos, desde un estudio que indaga en la familia, en los roles sexuales y de cuidado. Las *reglas de sentimiento* resultan pautas sociales que operan como mecanismos normativos para delimitar la permanencia o exclusión de un grupo o entidad colectiva: ¿quién puede sentir qué?, ¿qué se siente apropiado?, ¿qué no? En vinculación, hay todo un *trabajo emocional*, donde lo que se pone al descubierto es el carácter de elaboración, de manejo de las emociones como

trabajo, como forma de adecuarse a ciertas reglas de pensamiento. Indagar en las situaciones, las emociones y su inadecuación, nos otorga una clave metodológica que visibiliza cierta ruptura o coherencia con aquello esperado, trayendo a escena el carácter político y normativo.

En los testimonios que hemos analizado, hemos podido dar cuenta de cómo momentos, de madres, que pueden pensarse como *desbordes emocionales*, o “ataque de nervios” en la jerga popular, operan más bien como bordes que dan cuenta de las reglas que participan de la relación de cuidado que establecen con sus hijos e hijas, en el marco de un trabajo emocional que por momentos “falla” y debe ser resituado. Melisa por ejemplo, alude a esto a partir de un trabajo interno respecto a “tengo que aguantar un poquito más”, un *trabajo emocional* vinculado a tolerar y sostener una situación en un marco de confinamiento y cambios abruptos.

“Mirá te cuento acá en casa el tema de la cuarentena, todos los cuatro en casa todo el día, bastante bastante raro... Creo que es la palabra, porque nos desconocemos, hay momentos que nos desconocemos realmente. Yo ya pensé un par de veces en irme de mi casa y no volver nunca más, después recapacito y digo ‘tengo que aguantar un poquito’. Cuento hasta cien y ahora bueno.... (...) Ella siempre fue de salir mucho, mucho contacto social, jamás estaba todo el día en casa. Lo que está pasando ahora no era parte de su vida para nada. Así que buscando todo tipo de actividad, entretenimiento y lo que sea para que ella lo pase lo mejor posible. El bebé es un santo total, así con que él le hagan un poco de upa, teta, un buen dormir, ya está, es muy tranquilo” (Melisa, 40 años, 1 hija de 4 años y otro de 10 meses, arquitecta).

Pese a que pueden parecer experiencias individuales o privadas, éstas están socialmente construidas y por eso también pueden reconocérselas, decantando en culpas para las mujeres adultas que no pueden manejar sus emociones y sentimientos. “La inadecuación entre situación, marco oficial y sentimientos produce una ruptura de la coherencia y de la obviedad de las convenciones, haciendo pesar sobre el actor la

obligación de ponerse a trabajar para ajustar sus sentimientos a la situación” (PAPERMAN, 2019, p. 30). Esto le sucedía a Elena:

“Hola, no me olvidé de tu proyecto pero a veces no encuentro el momento, este tampoco es el momento pero bueno... y a veces, estaba esperando calmarme un poco, porque estaba ordenándome un poco... hoy volví a sacarme mal, le he dicho tantas cosas a las nenas que no puedo creer, no lo puedo creer. La primera vez que voy al súper, en estos 40 días, porque estuve pidiendo delivery o iba mi esposo al súper. Pero hoy salí porque te juro no daba más entre la limpieza, los alacranes, apareció un alacrán otra vez. Juana se portó muy muy mal todo el día y le dije cosas espantosas, espantosas, le dije que me iba y no volvía, le dije cosas horribles. Estoy en la puerta de mi casa y no quiero entrar. Voy y vengo en el día con estos sentimientos, porque hay días que estoy, digo estoy, no las reto tanto, y otros días me saca mal o en el mismo voy y vengo con estas cosas, y las abrazo y les pido perdón y ay... bueno, ya me voy a calmar...” (Elena, 2 hijas de 4 y 2 años. Contadora)

En otros casos, vividos con menos culpa quizás, sí se evidencia la necesidad de “regular” los estados anímicos, que terminan operando y afectando a los/as hijos/as:

“Es como que... todo bien con la teoría pero se va a la “&%\$#”. Uno está tan cansado que obviamente estoy a los gritos, para que me haga caso, o me regulo mal y justamente mi formación es en regulación emocional, ¿entendés? [risas] Y ella está desregulada y yo estoy peor. Bueno trato de volver para atrás...” (Laura, 33 años, hija 3 años, psicóloga, separada)

Estas experiencias recuperan, por un lado, cómo las reglas del sentimiento, como construcciones y modos colectivos de gestión de los mismos operan y alarman cuando estos bordes se corren. Asimismo, instan a continuar problematizando, como el feminismo viene sosteniendo, modelos de maternidad romantizados bajo sentimientos de altruismo e incondicionalidad permanentes, que en su imposibilidad de consecución, derivan en malestares aún mayores para las mujeres.

CONCLUSIONES

Como hemos recorrido a lo largo de este trabajo, la problemática del cuidado en contexto de cuarentena adquiere matices específicos y visibiliza aspectos que continúan perpetuando desigualdades y malestares para las mujeres.

Pese a los intentos de romantizar el “quedarse en el hogar”, el disfrute del tiempo con los hijos e hijas, las bondades de una virtualidad que supera limitaciones espacio-temporales y la posibilidad de trabajar en pantuflas, las mujeres se ponen en el centro de las demandas de cuidado, bajo una lógica en muchas oportunidades sacrificial que niega el propio descuido, la condición de desigualdad y que se encuentra muchas veces mediada por sentimientos de culpa y malestar.

Quizás nunca antes el cuidado ocupó un lugar tan central en los debates sobre política y economía, que el lema “nos cuidamos entre todos” evidencia. Si por suerte algo nos permite el feminismo, es habilitarnos a repensarnos, a poder poner también en palabras, hacer de estas pequeñas vivencias cotidianas, un asunto político y colectivo.

En este artículo hemos atendido sobre todo a mujeres de clase media, profesionales, con hijos e hijas pequeños/as. Pero sabemos que esta crisis e intensificación de los cuidados no es vivida de la misma manera y que los sectores más vulnerables asumen otras complejidades para el análisis. Si como referimos, para muchas mujeres conciliar el trabajo de cuidado con el trabajo no remunerado resulta agobiante, en un contexto de incertidumbre, angustia y ansiedad, para otras, las condiciones de precariedad de empleos, por ejemplo no formales, supone a su vez la pérdida parcial o total de ingresos. La preocupación por “vivir el día a día” se torna acuciante, como también la posibilidad de atender a las normas de higiene y medidas preventivas, cuando los servicios básicos se ven vedados. Ni que hablar de las problemáticas de acceso vivienda o escenarios donde persiste la violencia de género u otros abusos.

Frente a las singularidades, hay imperativos, preocupaciones y malestares compartidos. Si hay algo que puede afirmarse y que el confinamiento nos pone delante es que el trabajo de cuidado no se interrumpe, se intensifica y adquiere nuevas lógicas. Perder la anhelada “normalidad” evidenció aún más la crisis, la cual ahora quizás, tengamos la posibilidad de visibilizar y traer como enseñanza desde mecanismos colectivos de amparo.

REFERÊNCIAS

BALZA, N. El teletrabajo llegó para quedarse. Diario *El Litoral*. 18 de mayo de 2020. Disponible en:

https://www.ellitoral.com/index.php/id_um/24012/2-el-teletrabajo-llego-para-quedarse-carlos-rodriguez-experto-en-seguridad-y-salud-laboral-politica.html Acceso el: 21 de mayo de 2020.

BATTHYÁNY, K. La pandemia evidencia y potencia la crisis de los cuidados. *CLACSO*. Pensar la Pandemia. Observatorio Social del Coronavirus. N° 1, 2020.

BELARDO, M. COVID-19 y el sistema de salud en Argentina (lo que nos revela la pandemia) En GOREN, N.; FERRÓN, G. *Desigualdades en el marco de la pandemia: reflexiones y desafíos* (comp.) José C. Paz: Edunpaz, 23-32, 2020.

BORGEAUD-GARCIANDÍA, N. Introducción. En BORGEAUD-GARCIANDÍA (comp.) *El trabajo de cuidado*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación Medifé Edita, 13-30, 2018.

CASTAÑEDA RENTERÍA, L. Mujeres, trabajo y pandemia. Cuando el atlante tiene cuerpo de mujer (2020) En Género y (des)igualdades. Tensiones en debate. *Desigualdades de género en tiempos de COVID 19 en la región. CLACSO*, N° 1. Pp. 52-56.

CIRIZA, A. Cuidar, cocinar, limpiar: transitar hacia la muerte en tiempos de COVID-19 *La Tinta*. 17 julio, 2020. Disponible en: <https://latinta.com.ar/2020/07/cuidar-cocinar->

[limpiar-transitar-hacia-muerte-tiempos-covid-19/](#)
Acceso el: 17 de julio de 2020.

DAS FLORES, J. Género, cuarentena y covid-19: para una crítica del trabajo doméstico. *CLACSO*. Pensar la Pandemia. Observatorio Social del Coronavirus. N° 31, abril, 2020.

DÍAZ, E. ¿Alguien está evaluando la efectividad de las clases a distancia? Dolor docente. *Página 12*. 24 de abril de 2020. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/261424-dolor-docente> Acceso el: 21 de julio de 2020.

FAUR, E. Es un mito que los varones cuiden tanto como las mujeres. *La Nación*. 11 de mayo 2020. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/comunidad/eleonor-faur-es-mito-varones-cuiden-tanto-nid2363981> Acceso el: 11 de agosto de 2020.

FRIEDAN, B. *La mística de la feminidad*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1997.

GHERARDI, N.; PAUTASSI, L.; ZIBECCHI, C. Introducción. En Pautassi, L.; Zibecchi, C. (coord.) *Las fronteras del cuidado agenda, derechos e infraestructura*. Buenos Aires: Biblos, 2013.

HOCHSCHILD, A. *La mercantilización de la vida íntima*. Apuntes de la casa y el trabajo. Madrid: Katz, 2008.

JELIN, E. ¿Ante, de, en, y? Mujeres y derechos humanos. *América Latina Hoy*. Vol. 9. Pp. 7-23, noviembre, 1994.

O'REILLY, A. "Trying to Function in the Unfunctionable": Mothers and COVID-19. *Journal of the Motherhood Initiative*. Vol. 11, N° 1, 7-24, 2020.

ORSINI, G. La ilusión del Home Office. *Riberas*. 1 de mayo 2020. Disponible en: <https://riberas.uner.edu.ar/la-ilusion-del-home-office/> Acceso el: 20 de julio de 2020.

PAPERMAN, P. *Cuidado y sentimientos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación Medifé Edita, 2019.

PINEDA DUQUE, J. Coronavirus: el sesgo de género en el cuidado. *CLACSO*. Pensar la Pandemia. Observatorio Social del Coronavirus. N° 28, 2020.

QUIROGA DÍAZ, N. Coronavirus y economía: cuando el cuidado está en crisis. *CLACSO*. Pensar la Pandemia. Observatorio Social del Coronavirus. N° 40, 2020.

RIVERO, G. Aislamiento y maternidad. No tan distintos: ¿cuánto se parecen la cuarentena y el puerperio? *Clarín*. 13 de abril de 2020. Disponible en: https://www.clarin.com/entremujeres/genero/cuarentena-coronavirus-puerperio-julieta-saulo_0_xwmuDZ1wQ.html Acceso el: 13 de junio de 2020.

ROUSSEAU, S. El cuidado más allá del COVID-19. En Género y (des)igualdades. Tensiones en debate. Desigualdades de género en tiempos de COVID 19 en la región. *CLACSO*, N° 1. Pp. 31-34, 2020.

RUDDICK, S. Maternal thinking. *Feminist Studies*, 6: 342-367, 1980.

SCHOR LANDMAN, C. Consecuencias Subjetivas de la Pandemia. *CLACSO*. Pensar la Pandemia. Observatorio Social del Coronavirus. N° 18, 2020.

SCOTTA, M. El valor de la angustia. *Rosario 12*. 13 de abril de 2020. Disponible en: https://www.pagina12.com.ar/259185-el-valor-de-la-angustia?utm_medium=Echobox&utm_source=Facebook#Echobox=1586808807 Acceso el: 21 de septiembre de 2020.

SERRA, I. Por una nueva normalidad feminista. *CLACSO*. Pensar la Pandemia. Observatorio Social del Coronavirus. N° 60, 2020.

STOLKINER, A. El campo de la salud mental y sus prácticas en la situación de pandemia. *Soberanía Sanitaria*. Año 4, pp. 22-26, 2020.

TAJER, D. Sanitarismo feminista y políticas de cuidado. *Soberanía Sanitaria*. Año 4, pp. 58-63, 2020.

TRONTO, J. *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*. Nueva York: Routledge, 2009.

TRONTO, J. *¿Riesgo o cuidado?* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación Medifé Edita, 2020.